

Breve relato en casa...

Matilde subió al banco de hormigón que separa su casa de la mía. Tomó una flor de hibisco y la cinchó bien fuerte hasta que se soltó de la frágil rama de ese árbol de más de veinte años. Remangó la pequeña nariz con la manga del buzo de lana, estornudó. Saltó del banco y salió corriendo... las zapatillas sin atar, las medias flojas, las piernitas alegres.

Todos los días Matilde viene a mi casa por una flor de hibisco. Dice que a las tortugas ¡le encantan!, que les parecen muuuy ricas, como la mermelada de durazno de Sirelí, como la pastaflora de Helga... Encontrarme cada día con los ojitos, las manos, la sonrisa de Matilde es un regalo de esta pandemia en casa, de este año tan particular. Por la ventana que da al frente, el mundo de Matilde llegó a mí. ¡Nunca antes me había percatado de sus visitas! ¡¡Qué linda es!!

El lunes de marzo en que todo empeoró esa ventana de mi casa, significó la salida al mundo, la oportunidad de mirar afuera y adentro, y la vida en el sol hermoso de una escueta parte de la mañana. Aquella semana también, empezaban mis clases por zoom, mis primeras experiencias hablando a una cámara para un pequeño subgrupo de estudiantes de profesorado. Sentí la tensión de estar viviendo una experiencia nueva, y entonces recordé las de mis primeras clases de Historia: un nudo en la panza, una mesa llena de papeles, algún libro de referencia, apuntes, hojas en blanco para anotar lo que va surgiendo, y el mate. Mi pizarrón se sustituyó por un power point, mi escritorio por la mesa central de casa, mi clase pasó a ser de todos en casa, mi clase una experiencia para mi familia...Lo hermoso de esto pensé, es que mi hija sabrá siempre a qué se dedica (efectivamente) su mamá y lo que pone en su trabajo cada vez que dice:...voy a trabajar!

Esperando certezas de retorno a las clases presenciales, me encontré preguntándome sobre la importancia vital (en mi vida claro) de educar, de enseñar historia, de leer, de escribir....ahora pienso que aquellos días significaron el comienzo

de un transitar por *un tiempo de barbecho*, como dice Masud Khan¹: un tiempo de espera, una pausa germinal.

Recordé entonces (y ahora) los trabajos Michael de Certeau². Sus escritos volvieron casualmente; son textos que abren espesor sobre lo cotidiano para la historia como campo de saber. En su trabajo *El oficio de la Historia* dice: “Lo cotidiano es lo que se nos da cada día (o nos toca en suerte), lo que nos preocupa cada día, y hasta nos oprime, pues hay una opresión del presente. Cada mañana, lo que retomamos para llevar a costas, al despertar, es el peso de la vida, la dificultad de vivir, o de vivir en tal o cual condición, con tal fatiga o tal deseo. Lo cotidiano nos relaciona íntimamente con el interior”³. Y agrega, (en la introducción de su trabajo y en relación a su método), se trata precisamente de “trazar los rasgos de una cotidianidad concreta, dejarlos surgir en el espacio de una memoria”, eso es hacer historia⁴.

Se actualizó entonces, en este tiempo de “movimientos” e incertidumbre, el lugar de la Historia ¿Qué sentido tiene enseñar Historia, hoy? Su saber, su escritura, “sus contenidos” todo permanece puesto bajo la lupa; lo “normal” de la disciplina escolar entró en el terreno de la “revisión”. Y a la vez, ¡cuánto de mirar el detalle se resignifica para mí en este tiempo de estar en casa, de proyectar los contenidos de cada una de mis clases, en lo cotidiano de mi vida!

Recuerdo, que De Certeau llegó a mí (más que por sus investigaciones escritas), a través de las bellas descripciones de Meirelle Cifali. Ahora pienso que quizás fueron sus palabras las que hicieron del “teórico”, un hombre común, un simple humano.

¹ 1976

² “Michel de Certeau nació el 17 de mayo de 1925 en Cambéry y murió en París el 9 de enero de 1986. Entre sus obras principales, nombraremos: La toma de la palabra, El extranjero o la unión de la diferencia, La posesión de Loudun, El ausente de la historia, La cultura en plural, La escritura de la historia, La invención de lo cotidiano, La fábula mística, además de unas publicaciones póstumas: Historia y psicoanálisis, entre ciencia y ficción, La debilidad de creer, El lugar del otro, Historia religiosa y mística. Viajero en América del Sur, docente que no encontró un lugar para enseñar en Francia más que muy tardíamente, Michel de Certeau pasó por Ginebra y por San Diego, para volver a la Escuela de Altos Estudios de París poco antes de morir” (Detalle de Meirelle Cifali, 2012).

³ De Certau M (1994) *El oficio de la Historia. La invención de lo cotidiano. Habitar y cocinar*. Universidad Iberoamericana México

⁴ Ob. Cit

Conocí a Merielle en un seminario en Montevideo en 2012, pero la recuperé googleando para pensar una clase (digamos que “por accidente”) y busqué los apuntes. Nos relató algo de esto: “He enseñado a lo largo de unos 30 años en la Sección Ciencias de la Educación de la Universidad de Ginebra. Nací en una ciudad de montaña. Realicé estudios de letras (francés, historia y filosofía) y en Ciencias de la Educación en Ginebra. Soy psicoanalista (sin sillón ni diván) e historiadora, he tenido la oportunidad de enseñar y estar con estudiantes con quienes he podido pensar sus gestos cotidianos. En una universidad dedicada a la ciencia, he transmitido la importancia de la literatura para comprender los asuntos humanos. Siguiendo a Michel de Certeau, he dado lugar al relato, a la narración en la escritura y la comprensión de los gestos profesionales. ¿Cómo fue que me encontré con Michel de Certeau? Él vino a Ginebra en 1977 para enseñar en la Sección de Ciencias de la Educación, y le pedí que fuera mi director de tesis...Fue un hombre que ha sido –y lo sigue siendo– muy importante en mi vida. Me enseñó lo esencial de mi posición como enseñante y aún como ser humano en relación a nuestra historia y nuestro presente”.

Me sigue impactando Meirelle por su capacidad de decir en un relato todo lo que su currículum “académico” no podría capturar; entonces recordé sus gestos, su modo cordial, su español confuso...Recordé su pensamiento intenso y su profuso saber sobre lo que para De Certeau y para ella, es el lugar de la ciencia (Historia) y en particular la escritura de esa ciencia. Busqué sus palabras y me quedo con algunas para que resuenen y me ayuden a seguir pensando....

“De Certeau es uno de esos, muy escasos, que ha tomado a la escritura en el marco de la ciencia como objeto de su reflexión. Estudia el impacto de la escritura y del estilo en la construcción misma del saber, en ese lugar de apropiación del sabio sobre el silencio de los cuerpos de las mujeres, de los niños y de otros desplazados. Muestra que la escritura es un poder en las manos de quienes la poseen; no cree en una realidad última y definitiva, argumenta a favor de su inevitable reconstrucción. La realidad se cuenta al escribirla. Estamos condenados a las opciones y a la reescritura.”

De Certeau y Cifalí se quedan conmigo desde marzo para cuestionar las verdades de la ciencia, para volver a pensar en: el lugar de la escritura y los sujetos de

la escritura; en el lugar del poder y los lugares subalternos. Ellos están aquí, para hacer vivos los sujetos, para dar espesor a los simple, dar sentidos a los gestos y las sustancias minúsculas que hacen a la vida. Volveré a abrir sus libros y a leerlos como si nunca hubiese transitado por allí....

¡Cuánto de mi hacer profesional se puso en cuestión en el salón de mi casa, en la mesa de la cocina, “en pantuflas” (como dice Dussel), frente a la computadora, este año de incertidumbres!

¡Cuánto de mí se transformó en este hacer de cada día!

Y ¡Cuánto de Matilde quedará en cada espacio abierto donde brille el sol!